

Vigésimo Primer Domingo del Tiempo Ordinario C2019

Las lecturas de este domingo hablan de la importancia de la salvación. Muestran que la salvación de Dios se da indiscriminadamente a todos los pueblos. Nos invitan a esforzarnos a permanecer en Dios para merecerla.

La primera lectura describe la promesa de Dios al profeta Isaías de reunir a todos los pueblos de la tierra a él. Destaca en particular el regreso de los hijos de Israel junto con todas las naciones en Jerusalén. También destaca la acción de Dios que enseñará a estos pueblos cómo proclamar su gloria.

Lo que este texto nos enseña es que Dios no es exclusivo de algunos pueblos. También existe la idea de que la salvación es universal. La última idea está relacionada con la certeza de que la universalidad de la salvación abre las puertas a la inclusión del servicio de Dios.

Este texto nos ayuda a entender el punto del Evangelio de hoy en que Jesús habla del requisito para entrar al reino de los cielos. En primer lugar, el Evangelio comienza con la mención de las enseñanzas de Jesús en los pueblos y ciudades cuando se dirigió a Jerusalén.

Pues, informa sobre una pregunta que le hicieron a Jesús sobre la cantidad de personas que serán salvadas. Después, da la reacción de Jesús que invitó a los que le escucharon de entrar por la puerta angosta y la necesidad de ingresar en el momento adecuado.

El Evangelio también menciona la declaración de Jesús sobre la entrada del reino de Dios como abierta a todos los pueblos de la tierra. Finalmente, el Evangelio termina con la advertencia de Jesús sobre los últimos que serán primeros y los primeros que serán últimos.

¿Qué aprendemos de las lecturas de hoy? Hoy quiero hablar de la universalidad de la salvación. ¿Qué quiero decir con esto? Déjame explicarte al contarles una historia. Hace algunos años, tuve la oportunidad de hacer una peregrinación a Israel.

Empecé mi viaje desde el sur del país, en el desierto de Negev, donde la aventura espiritual de Abraham empezó. Llegué al este hasta el Mar Muerto, el río Jordán, Jericó, Samaria y el territorio palestino. Estuve en Nazaret y Galilea. Crucé el norte en la frontera con el Líbano y terminé mi peregrinación con Jerusalén y Emaús.

Mientras viajaba, me sorprendió la cantidad de personas de todas las naciones y los idiomas de la tierra que vinieron a la tierra santa con la misma meta que yo. Al verlas, sentí en mi corazón que era el cumplimiento de la profecía de Isaías dada en el capítulo 66 de su libro que hemos oído como primera lectura.

Si es cierto, entonces hay consecuencias que debemos considerar seriamente. Primero, si Dios ha elegido a Israel, no es porque fueran extraordinarios, sino por su amor y su generosidad. De hecho, Dios quería que todos los pueblos de la tierra vieran cómo trata a Israel y entiendan que esta es la forma en que él quiere manejarlos. Por lo tanto, la elección de Israel tiene un carácter de ejemplaridad. En otras palabras, Dios los eligió para darnos un ejemplo.

Tal visión arroja la luz sobre la profecía de Isaías cuando Dios dice: "Yo vendré para reunir a las naciones de toda lengua. Vendrán y verán mi gloria. ... [Vendrán] a Jerusalén, mi santo monte. ... Proclamarán mi gloria entre las naciones. ... De entre ellos escogeré sacerdotes ..."

Segundo. Si Dios está abierto a todas las naciones, significa que su salvación se otorga a cualquiera de los que lo buscan en verdad y sinceridad, sea que sea su nacionalidad, raza o idioma.

Tercero. Aunque la salvación se da a todas las naciones, no es, sin embargo, automática. Es algo por lo que debemos ser confiables. Esto explica la importancia de la parábola que Jesús nos da en el Evangelio.

De hecho, Jesús nos invita a darnos cuenta de que para heredar el reino de Dios, debemos esforzarnos por entrar por la puerta angosta. La puerta angosta representa la renuncia a los pecados y la conversión del corazón. Por eso, Jesús insiste en que permanezcamos atentos, para que no seamos los últimos después de haber sido los primeros en conocer a Dios.

En otras palabras, se requieren algunos esfuerzos para cruzar el umbral del reino de Dios. Tenemos que entender, como dijo San Agustín, que si "Dios nos ha creado sin nosotros, no nos salvará sin nosotros". En ese sentido, nuestro consentimiento y cooperación son muy importantes. Tenemos que cooperar con nuestra salvación para no ser rechazados un día afuera. Ese tiempo sería una gran sorpresa.

Por lo tanto, este tiempo nuestro es un tiempo que tenemos que hacer algo para nuestra salvación. Habrá un momento en que cualquier posibilidad de regresar será imposible. Tenemos que aprovechar el tiempo presente como un momento de gracia de Dios para la conversión y la reconciliación con él y con nuestros semejantes. Tenemos que recordar que llegará el momento en que las puertas estarán cerradas. En ese momento todo habrá terminado y la historia misma seguirá su curso.

Con todo esto en mente, se hace claro que Jesús nos invita a tomar en serio la situación actual de nuestra vida como una oportunidad para la conversión. Al igual que los que llegaron tarde y a quienes el maestro dijo que no los conocía, tampoco habrá excusas para nosotros al final de los tiempos.

Al decir esto, el punto de Jesús no es que vivamos con miedo a causa del juicio futuro. Lo que quiere es advertirnos para que tomemos decisiones sabias ahora que todavía tenemos tiempo. Quiere que reaccionemos favorablemente y responsablemente al amor de Dios.

Si es el caso, significa que para ser salvados, tenemos que trabajar duro. Creo que esta es la razón por la que Jesús no respondió la pregunta que le hizo si solo unas pocas personas serán salvadas. Dejó la pregunta abierta. Este silencio nos recuerda que lo importante no es saber la cantidad de las personas que entran en el reino de Dios, sino hacer todo lo posible para entrar en él.

Oremos, entonces, para que el Señor nos ayude a aprovechar las circunstancias de nuestra vida actual y acercarnos a él. Trabajemos por nuestra salvación mientras todavía tengamos tiempo en este mundo. ¡Que Dios nos dé la gracia de perseverar a pesar de las dificultades que cruzan nuestra vida! Que Dios los bendiga a todos!

Isaías 66: 18-21; Hebreos 12: 5-7, 11-13; Lucas 13: 22-30



Fecha de la Homilía: el 25 de Septiembre, 2019

© 2019 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20190925homilia.pdf